

LA SUBJETIVIDAD AUTORITARIA Y EL LEGADO DE LA ESCUELA DE FRANKFURT

Gustavo Robles

International Research Group on Authoritarianism and Counterstrategies (Fundación Rosa Luxemburgo, Alemania)

gustavomrobles@gmail.com

Recibido: 06 de febrero de 2023

Aceptado: 03 de Mayo de 2023

Identificador permanente (ARK): <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/241tsszvh>

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-1161-3107>

|1|

Resumen: Este trabajo se propone resaltar el análisis de la subjetividad autoritaria como uno de los más productivos y actuales legados de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt para las ciencias sociales y el pensamiento político. Con este fin, se expondrá la singularidad de la perspectiva frankfurtiana con respecto a otras perspectivas sobre el autoritarismo, en concreto, el análisis del autoritarismo en la teoría política liberal a partir de la obra de Juan José Linz y Guillermo O'Donnell y en la teoría política marxista a partir de Nicos Poulantzas. Para resaltar la singularidad de la perspectiva frankfurtiana nos detendremos en la consideración de la obra temprana de Erich Fromm en el marco del Instituto de Investigaciones de Frankfurt para buscar allí la invención teórica del problema de la subjetividad autoritaria. Intentaremos mostrar que la particularidad del concepto de subjetividad autoritaria, con respecto a los otros enfoques sobre el autoritarismo analizados en el primer apartado, radica en su interés por el modo en el que los regímenes, ideologías y valores se hacen experiencia. Finalmente, en el último apartado, ofreceremos algunas reflexiones sobre la importancia y la actualidad de este enfoque en la crítica contemporánea de los autoritarismos y sobre la originalidad del legado de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt a 100 años de la fundación del Instituto de Investigaciones Sociales.

Palabras clave: subjetividad, autoritarismo, Escuela de Frankfurt, Erich Fromm

THE AUTHORITARIAN SUBJECTIVITY AND THE LEGACY OF THE FRANKFURT SCHOOL

Abstract: This paper aims to highlight the analysis of authoritarian subjectivity as one of the most productive and current legacies of the Frankfurt School's Critical Theory for the social sciences and political thought. To this end, the singularity of the Frankfurt School's perspective will be presented with respect to other perspectives on authoritarianism, specifically the analysis of authoritarianism in liberal political theory

based on the work of Juan José Linz and Guillermo O'Donnell and in Marxist political theory based on Nicos Poulantzas. In order to highlight the uniqueness of the Frankfurt perspective, we will consider Erich Fromm's early work within the Institute for Social Research in Frankfurt to explore the theoretical invention of the problem of authoritarian subjectivity. We will try to show that the particularity of the concept of authoritarian subjectivity, with respect to the other approaches to authoritarianism analyzed in the first section, lies in its interest in the way in which regimes, ideologies and values become experiences. Finally, in the last section, we will offer some reflections on the importance and topicality of this approach in the contemporary critique of authoritarianism and on the originality of the legacy of the Frankfurt School's Critical Theory 100 years after the foundation of the Institute for Social Research.

Keywords: subjectivity, authoritarianism, Frankfurt School, Erich Fromm

Introducción

|2|

El *crack* financiero de 2008, cuyo desenlace permanece incierto, parece haber puesto en crisis la utopía post-ideológica de las fases triunfalistas del neoliberalismo y haber actuado como catalizador de lo que se suele llamar “crisis de la democracia”, “giro autoritario” o “regresión autoritaria”. En ese contexto, en el que las fuerzas sociales progresistas parecen incapaces de ofrecer una visión alternativa de futuro, se hace recurrente la famosa frase de Antonio Gramsci según la cual “la crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en ese interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados” (Gramsci, 1999, p. 37). Las figuras de Trump, Bolsonaro, Orban, Salvini, Modi, Netanyahu, Duterte y un larguísimo etcétera, son ejemplos inmediatos de estos “fenómenos morbosos”, que algunas veces parecen obnubilar el análisis debido al exotismo de sus personajes y a la desmesura de sus ideas. Estos enfoques, impresionistas o periodísticos, corren muchas veces el riesgo de detenerse en los nombres propios y en los programas escandalizadores, perdiendo de vista así ciertas intensidades, fuerzas y tensiones silenciosas, cuya existencia es incómoda de rastrear: disconformidades y malestares sociales que no siempre, aunque cada vez más, son articulados en proyectos políticos concretos o verbalizados en la opinión pública (Robles, 2020b).

Un indicio de la propiedad capilar y furtiva de estos “fenómenos morbosos” es la explosiva diseminación en el paisaje político de todo tipo de formaciones ideológicas, teorías conspirativas, fantasías apocalípticas, histerias de Guerra Fría o reciclajes de racismo biologicista. En todo este marasmo, quizás la más extendida novedad ideológica sea la combinación de conservadurismo moral, darwinismo neoliberal y transgresión nihilista que caracteriza hoy a las denominadas “derechas alternativas” o *Alt-Right* que se han expandido en las redes sociales en los últimos años. La imagen de un “Frankenstein neoliberal” del que habla Wendy Brown (2018) ilustra muy bien buena parte del paisaje ideológico de nuestros días: un monstruo ideológico compuesto de ultranacionalismo, antiestatismo, xenofobia, hiperindividualismo, meritocracia,

racismo y misoginia, que en muchos casos toma banderas del progresismo (el “homonacionalismo”, el “feminismo de derecha”, el “ecofascismo” o el “chovinismo de bienestar”), todo ello adornado con gestos de incorrección política, transgresión y rebeldía nihilista. En Argentina, esto se da con una curiosa combinación de libertarismo individualista y punitivismo culpabilizador muy bien analizada por Gisela Catanzaro en *Espectrología de la derecha* (2021).

Esta composición amorfa y ecléctica de las derechas contemporáneas explica en gran medida la falta de consenso sobre su caracterización y la frenética multiplicación de términos para definirla -derechas alternativas, iliberalismo, populismo autoritario, rebelión conservadora, nuevas derechas, (pos)-(neo)-fascismos, populismo de derecha, extrema-derecha, etc.-. En definitiva, este carácter huidizo da cuenta de que la presente crisis -o mejor dicho, las múltiples crisis superpuestas: crisis del modo de acumulación neoliberal, de la democracia y la representación, crisis civilizatoria, medioambiental, crisis pandémica, etc.- es un fenómeno que debe ser leído no solo en los resultados electorales o en los cambios de la composición del capital, sino en esa diseminación de malestares, imaginarios, identidades y emociones esparcidas por todo el cuerpo social (Robles, 2020a). Es justamente esta dimensión lo que la crítica contemporánea intentó pensar con estrategias como el estudio de las emociones, de los malestares o de las subjetividades, conceptos con los que se alude a un sustrato de la vida social en el que se procesa como experiencia ese enjambre de crisis que signa nuestra época. Con independencia de las dificultades para su aprehensión, este sustrato subjetivo forma parte de la constelación objetiva que define el presente, de las condiciones históricas del actual giro autoritario y, por supuesto, también, de las herramientas concretas para imaginar un horizonte alternativo.

|3|

En este trabajo me gustaría realizar algunas observaciones sobre lo que implica pensar estas dimensiones subjetivas de la crisis y los autoritarismos, y qué papel diferencial juega la reflexión sobre las subjetividades en relación con otros enfoques en las ciencias sociales y la teoría política. Y aquí es donde se hace visible la riqueza del legado de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt. A 100 años de la fundación del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, hoy somos herederos de una problemática y de un modo de pensar los autoritarismos cuya urgencia y productividad no se ha perdido. Me refiero al enfoque de la “subjetividad autoritaria”, a la reflexión sobre formas históricas de vida y de experiencia que están en la base de los procesos de violencia política y social. En este artículo deseo mostrar las singularidades de esta propuesta frankfurtiana a partir de: una consideración de ciertas perspectivas clásicas de análisis del autoritarismo en la teoría política liberal y marxista (1); una lectura del modo en el que la idea de subjetividad autoritaria fue moldeada en las primeras investigaciones del Instituto como vía alternativa para pensar esos mismos fenómenos, en particular a partir de una consideración del trabajo de Erich Fromm, autor hoy un tanto marginado en la historia intelectual pero central en la formación del perfil teórico de la Escuela de Frankfurt (2); y, finalmente, una breve evaluación de la relación entre subjetividad y poder en la crítica contemporánea para resaltar el legado frankfurtiano (3).

Dos perspectivas sobre el autoritarismo

La perspectiva normativa

Las ciencias sociales y la teoría política suelen etiquetar esos “fenómenos morbosos” bajo el rótulo de autoritarismo y recurrir al arsenal conceptual elaborado en el siglo XX para pensar esas múltiples formaciones que van desde dictaduras militares hasta experiencias fallidas de democracia. Sin embargo, el concepto de autoritarismo no tiene un significado unívoco y su empleo ha ido mutando a lo largo de los años y los contextos. Se podría decir que “autoritarismo” es de alguna manera el sucesor del concepto de totalitarismo (Lesgart, 2020), que, gracias a obras como *Los orígenes del totalitarismo* [1951] de Hannah Arendt (2017) o *La sociedad abierta y sus enemigos* [1945] de Karl Popper (2010), se consolidó en la inmediata posguerra como parámetro de análisis de toda formación política que no coincidía con los modelos de democracia de los países victoriosos. Sin embargo, el de totalitarismo se trataba, como afirma Enzo Traverso (2010), de un concepto surgido en el seno de la izquierda antifascista en los años 20, pero que en la década de 1940 ya había sido apropiado por el campo liberal para ecualizar comunismo y fascismo en la misma sintonía como contrapuestos al proyecto liberal de Occidente.

|4|

Ahora bien, ya en el campo académico de las ciencias sociales, será el politólogo Juan José Linz quien, en su obra de 1975, *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios* (2009), propondrá el concepto de regímenes autoritarios para definir formas intermedias entre el totalitarismo y la democracia a partir de la singularidad de la experiencia franquista en España, e inaugurará así una exitosa tradición de análisis del autoritarismo en las ciencias políticas. Para Linz, el autoritarismo era un adjetivo para calificar lo que definía como “regímenes políticos”, de modo que debía hablarse de regímenes autoritarios y no de autoritarismo a secas. Según Linz, los sistemas autoritarios son regímenes de limitado pluralismo político, carentes de rendición de cuentas y sin una ideología coherente, cuyo liderazgo ejerce el poder dentro de ciertos límites y que, a diferencia de los fascismos, no apelan a la movilización de masas. En el análisis político fue esta una innovación teórica importante que permitió examinar de forma sistemática el autoritarismo, no ya como una forma de Estado o a partir de la personalidad del líder, sino como el resultado de un *set* de reglas formales o informales que determinan el acceso al poder y el modo en el que se produce el cambio político; algo que permitió especificar, en términos de un régimen particular, ese amplio espectro de formaciones institucionales que van desde el totalitarismo hasta la democracia representativa.

En esta tradición hay que mencionar también la emblemática obra del politólogo argentino Guillermo O’Donnell (2009), quien con el concepto de “estado burocrático-autoritario” buscó poner en cuestión la tesis de la modernización capitalista, según la cual el desarrollo económico capitalista seguido de procesos de modernización social conduciría a la estabilidad democrática. Para O’Donnell, por el contrario, las experiencias de las dictaduras argentina de 1966 y brasilera de 1964 habían demostrado

que el proceso de modernización podía corresponderse perfectamente con la instauración de un régimen burocrático-autoritario y no con democracias liberales. En esencia, el régimen burocrático-autoritario consiste en formas institucionales de perfil tecnocrático que limitan el pluralismo político, anulan la expresión de la soberanía popular, persiguen y eliminan la oposición política y restringen los canales de participación y expresión en la esfera pública, pero sin suprimir las libertades económicas.

En esta misma línea, pero ya en los años 80, O'Donnell propondrá el concepto de “dominación autoritaria” como una forma dinámica de dar cuenta de una amplia variedad de regímenes autoritarios, sean burocráticas, militares, tecnocráticas, capitalistas o no (O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1988). Lo interesante aquí es que este empleo de la idea de autoritarismo, como una característica de un amplio espectro de regímenes políticos, suponía una determinada definición institucionalista de democracia (sufragio, competencia entre partidos, libertades civiles, estado de derecho) y establecía así un arco normativo que iba desde la dominación autoritaria -como punto de partida- hasta la democracia política liberal -como punto de llegada-. En esta visión quedaba, entonces, ya configurada la antinomia normativa entre autoritarismo y democracia liberal que servirá de marco de comprensión de estos fenómenos hasta nuestros días.

|5|

La perspectiva marxista

Por su parte, en el campo marxista durante aquellos años - entre mediados de la década de 1970 y mediados de la de 1980- la situación en torno a la definición de autoritarismo tenía algunas similitudes con el *mainstream* de las ciencias políticas. En los años 60, la idea de autoritarismo le había servido a la Nueva Izquierda para denunciar formas de vida opresivas dentro de las sociedades industrializadas y democráticas del centro capitalista, formas de vida que eran descifradas en continuidad con el pasado fascista o similares a la deriva burocrática de los países del “socialismo realmente existente”. En definitiva, autoritarismo designaba para esta izquierda todo ese conjunto de mandatos sociales, valores y normas morales, prácticas culturales, instituciones y hábitos que impedían los proyectos de autonomía, autenticidad y autorrealización de individualidades emancipadas.

Sin embargo, para encontrar una conceptualización sistemática en el plano de la teoría marxista debemos acudir a la obra de Nicos Poulantzas (2005), quien, en la última parte de *Estado, Poder y Socialismo* de 1978, formulará el concepto de “estatismo autoritario” para definir una reconfiguración estatal que se estaba produciendo como respuesta a la crisis capitalista hacia finales de los años 70 en Europa. En el diagnóstico de Poulantzas, la crisis de aquellos años consistía en que la tensión entre las demandas democráticas y la lógica de acumulación capitalista ya no podían ser gestionadas, como lo habían sido desde la posguerra, mediante la particular relación de fuerzas que sostenía al Estado de Bienestar. En este contexto, el estado no solo se tornaba un

mediador impotente entre esos dos polos, sino que comenzaba a perder su autonomía relativa con respecto a un capital mundializado. Ante esta situación de debilidad estatal, las clases dominantes acudían a la creación de mecanismos de inmunización de las decisiones democráticas mediante reformas institucionales o el aumento de la represión violenta.

El estatismo autoritario definía, entonces, un momento paradójico de debilidad (de gestión) y de fortaleza (represiva) de la estatalidad capitalista durante la crisis del modelo de acumulación fordista. Poulantzas no usó la palabra neoliberalismo, pero hoy nos resulta evidente que se refería a los primeros años de ese régimen de historicidad que es también el nuestro, y cuya crisis convive con el aumento de su capacidad de precarización de las vidas. Será en los años 80 donde se produzca el despliegue de eso que Williams Davies (2016) llamó “neoliberalismo combativo” y cuya *telos* consistió básicamente en combatir las expectativas políticas no capitalistas mediante la creación de una dicotomía binaria y cargada moralmente entre, por un lado, el capitalismo neoliberal virtuoso y, por el otro, el resto de las ideologías opresivas (socialismo, comunismo, keynesianos, comunitarismo, etc.). Se suele poner como emblemas de esta fase guerrera del neoliberalismo a las administraciones de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, aunque claramente se trataba de un fenómeno extendido con distintas intensidades y fisonomías a lo largo de todo el globo, que perdura hasta hoy con diferentes vestimentas (Saidel, 2023).

|6|

Precisamente, como un temprano intento de caracterización del proyecto de Thatcher, es que Stuart Hall, basándose en Poulantzas, formulará el concepto de “populismo autoritario” (Hall, 2007). En concreto, lo que Hall pretendía pensar era la dimensión ideológica y discursiva de la respuesta neoliberal que había quedado de lado en el análisis más institucional-estatal de Poulantzas. De lo que se trataba era de comprender cómo, en el marco de una democracia, se había generado el consenso y la aceptación en torno a la necesidad de un conjunto de reformas que, a simple vista, parecían ir en contra de los intereses históricos de las clases populares y sus organizaciones. En términos gramscianos, se trataba de comprender con qué instrumentales el neoliberalismo comenzaba a atravesar la transición desde una fase de dominancia hasta la pretensión de un proyecto hegemónico. Lo que diagnosticaba Hall es que el discurso público del thatcherismo había logrado ofrecer una respuesta activa a la crisis orgánica de fines de los años 70 mediante la creación de un sentido común que aunaba expectativas, demandas y experiencias genuinamente populares con los requerimientos de la fracción globalizada del capital. Este sentido común consistía en una novedosa alianza entre valores morales conservadores arraigados en la sociedad -como los de la ley y el orden, la familia, el respeto a las jerarquías- con principios empresariales propios de la filosofía monetarista -flexibilidad, antiestatismo, monetarización, auto-capitalización, etc.-. Una constelación que *a priori* parecía improbable, pero que, a largo plazo, consiguió ser tremendamente efectiva como operación ideológica.

Hacia una tercera perspectiva

Con este breve recorrido por los usos del concepto de autoritarismo -que abarcó solo aquellos enfoques que usaron explícitamente el término autoritarismo- quiero poner en perspectiva dos líneas de análisis que tienen algunos puntos en común. Por un lado, la perspectiva liberal que comprende el autoritarismo como una característica de un régimen político y establece, al mismo tiempo, una antinomia cargada de normatividad entre la democracia liberal, con todo su *set* de normas institucionales, y el autoritarismo como aquello que no cumple con esos requerimientos institucionales. Por otro lado, dejando de lado los usos políticos de la Nueva Izquierda, se puede ver que la teoría política marxista pensó el autoritarismo como una propiedad de la respuesta histórica de las clases dominantes a la crisis del modelo de acumulación fordista y a su vacío ideológico: ya sea en la forma de una reconfiguración estatal en el caso de Poulantzas o en la forma una reconfiguración ideológica en el caso de Hall. Sin la carga normativa de una desviación o una excepcionalidad, el autoritarismo es para la teoría marxista una lógica inherente al capitalismo que actúa con diferentes intensidades según la capacidad de gestión de las clases dominantes.

Sin embargo, en tanto propiedad de un régimen político, de la forma-estado, o de un discurso ideológico, el análisis del autoritarismo quedaba en estos casos remitido siempre a la descripción objetiva de una instancia pública y a sus dinámicas internas, sin llegar a dar cuenta de cómo esas instancias, sus dinámicas y su condición de autoritarias eran procesadas y experimentadas por los sujetos que deben darle cuerpo, por quienes deben hacer sentido práctico del consenso, la rebelión o la frustración con aquel régimen político, con aquella estatalidad o con sus ideologías. En ambas perspectivas, tanto en la liberal como en la marxista, el autoritarismo designaba un modo de funcionamiento específico de una instancia de lo social -la institucionalidad, el estado o los discursos- que podía ser descrita de forma objetiva por las herramientas de las ciencias sociales. Perspectivas que, como ya dijimos, encuentran su límite en que, por un lado, no pueden tematizar los procesos implicados en los modos de hacer experiencia de esas instancias y, por otro lado, no pueden tematizar cómo éstas no solo reproducen, sino también producen formas de vida, vínculos sociales o narraciones de identidad.

Por supuesto, esto no significa que un análisis de las deficiencias institucionales, de las transformaciones capitalistas o de los discursos en la esfera pública no sean necesarios, sino que deben ser complementados con el modo de vivir esas dimensiones, es decir, con una reflexión sobre las subjetividades. Tampoco habría que entender que ni el liberalismo ni el marxismo se preocuparon por los significados culturales, las subjetividades o las prácticas ideológicas en la configuración de la vida social, sino que se trató de la reconstrucción de una antinomia teórica a partir de la obra de autores emblemáticos en el análisis del autoritarismo de estas tradiciones, con el fin de mostrar la objetividad de las dimensiones subjetivas en la definición del autoritarismo. Es precisamente en este punto donde se hace visible la originalidad del legado de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, tradición que, si bien es ubicable dentro del continente del marxismo, acudió muy tempranamente a un conjunto de categorías heterodoxas a esa tradición para pensar la novedad histórica de su época.

Erich Fromm y la invención de la “subjetividad autoritaria”

El problema del autoritarismo adquirió creciente centralidad en el trabajo del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt a partir de los años 30, algo que resulta natural considerando la precariedad de la República de Weimar, su brutal desenlace y sus consecuencias para el resto de Europa. A partir de la llegada de Max Horkheimer a la dirección del Instituto en 1932 se comenzó a producir una serie de investigaciones que tematizaron esta derrota de la izquierda y el ascenso del fascismo desde diversos campos y perspectivas. La multiplicidad y la riqueza de estos trabajos exige una extensión que está por fuera de los límites de este texto. Sin embargo, sí me gustaría detenerme en una determinada línea de análisis que va a adquirir centralidad en las tareas del Instituto con el paso de las décadas, hasta constituirse en la actualidad en uno de los legados más persistentes de la Teoría Crítica: me refiero a las reflexiones sobre las condiciones subjetivas del autoritarismo. En las siguientes líneas quisiera realizar una lectura de los presupuestos, instrumentos y estrategias involucradas en la invención de esta perspectiva, en los objetivos y decisiones que dieron origen al análisis de las subjetivaciones autoritarias. No pretendo abarcar todas las producciones ligadas a este problema, sino que aquí me concentraré en la obra de quien fuera el principal referente teórico durante los primeros años de Horkheimer como director del Instituto: Erich Fromm.

|8|

Este interés en la propuesta de Fromm radica básicamente en que fue él quien sentó las bases teóricas para pensar esa peculiar articulación entre subjetividad, ideología y autoritarismo que define el perfil propio del aporte frankfurtiano y que ahora deseo resaltar como senda complementaria a las perspectivas comentadas en el apartado anterior. La gran innovación teórica promovida por Fromm vino sin dudas de la introducción del psicoanálisis en un programa de investigación social. En nuestros días a casi nadie sorprendería el empleo del psicoanálisis como herramienta teórica de comprensión del presente, pero cuando Max Horkheimer (2015) pronunció su discurso inaugural al asumir la dirección del Instituto de Investigaciones en 1931, esto constituía una arriesgada apuesta que desafiaba los marcos del trabajo académico por entonces imperante. Si bien el nombre de Teoría Crítica recién aparecería hacia fines de los años 30 y la Escuela de Frankfurt recién sería conocida como tal ya entrados los años 50, los primeros contornos de su perfil estaban ya contenidos en el programa de Horkheimer en términos de una filosofía social articulada como un materialismo interdisciplinario, que debía enfocarse en los nuevos modos de reproducción social del capitalismo tardío.

El objeto de estudio de este programa debía, según las líneas abiertas desde su fundación en 1922 por Karl Grünberg, estudiar las condiciones de vida y el mundo de los asalariados; en concreto, debía indagar en el modo en el que se da “la conexión entre la vida económica de la sociedad, el desarrollo psíquico de los individuos, y los cambios en el ámbito de la cultura” en la clase trabajadora (Horkheimer, 2015, p. 221). Este objetivo de investigación convocaba tres órdenes de saberes, en cuya colaboración debía ser superada la división burguesa del trabajo intelectual: la crítica de la economía política, mostrando que la crisis es immanente al orden capitalista; la crítica cultural, develando las producciones culturales como claves encriptadas de las transformaciones

de la experiencia colectiva; y, como ya comenté, el psicoanálisis, como llave de acceso a esa esfera esencial para la reproducción social, descuidada por el marxismo y enaltecida ideológicamente por el liberalismo: la individualidad.

En este horizonte, surge en 1932 la primera gran investigación colectiva del Instituto, *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich*, a cargo de Erich Fromm (2012), quien por entonces establecía de alguna manera las coordenadas conceptuales del trabajo en Frankfurt. *Obreros y empleados* se trataba de una obra empírica diagramada sobre encuestas y entrevistas en un marco de interpretación psicoanalítico que se proponía analizar las tendencias psicológicas subyacentes a las posiciones políticas explícitas entre obreros cualificados y empleados en Alemania. Esta obra buscaba explicar el ya para entonces visible fracaso de la República de Weimar sin caer en el tipo de diagnósticos que apuntaban a una supuesta confusión de algunos individuos, a la falta de cultura política alemana, al fraude o a la manipulación. Para Fromm y Horkheimer, a comienzos de los años 30, la cuestión de las fuerzas psíquicas del proletariado era un factor decisivo en la resolución de la crisis política contemporánea. Una confianza que con el correr de los años se irá diluyendo hasta casi desaparecer, como lo muestra tal vez el carácter inconcluso de ese trabajo y su olvido en las décadas posteriores por parte del mismo Instituto (Bonß, 2012).

|9|

En *Obreros y empleados*, el objetivo consistía en encontrar las conexiones entre ciertos rasgos de personalidad y convicciones políticas, ya que según Fromm las opciones y los potenciales de una clase están condicionados por cualidades anímicas, anhelos, pasiones y estructuras libidinales que actúan de forma latente y que no necesariamente se corresponden con lo que debería ser de acuerdo con su ubicación en la estructura social. Fromm, con una tipología caracterológica similar a la que por entonces estaba elaborando Wilhelm Reich (2014) con similares propósitos, clasificó a sus encuestados en tres tipos de personalidades o “síndromes”: 1) el autoritario-masoquista, 2) el revolucionario y 3) el ambivalente; y los evaluó en torno a tres “complejos”: la valoración de los problemas sociopolíticos, su posición frente a la autoridad y su posición frente al prójimo.

En este estudio, Fromm diagnosticaba la existencia de un “carácter autoritario” que podía ser dividido en dos grupos: el conservador-autoritario y el rebelde autoritario. Mientras que en el primero se trataba de una disposición a subordinarse a la autoridad y a adaptarse a las convenciones en busca de estabilidad y seguridad, en el segundo caso había ya contenidos odio y desprecio por aquellas autoridades consideradas flexibles, débiles e impotentes. Estos caracteres definían modelos de disposición históricamente condicionados: si el conservador-autoritario había constituido el carácter social preponderante de la época imperial guillermina -especialmente entre la pequeña burguesía-, el carácter rebelde autoritario, por su parte, tomó recién prominencia tras la derrota alemana en la Gran Guerra y, especialmente, tras la inflación de 1921-1923, cuando la monarquía perdió por completo su legitimidad y se produjo un proceso de intensificación de las pasiones alimentado por la precariedad de la situación económica. Este carácter rebelde autoritario había sido durante un tiempo afín a los partidos de izquierda, por entonces capaces de captar el descontento y encauzar las energías

rebeldes en contra del sistema capitalista, aunque sería más tarde la propaganda nacionalsocialista la que conseguiría mayores éxitos en la interpelación a este tipo de carácter, ya que abrió válvulas para las pasiones destructivas dirigiéndolas contra el judaísmo. El nacionalsocialismo logró de esa manera satisfacer dos necesidades simultáneas del carácter rebelde-autoritario: “las tendencias rebeldes y el ansia latente de una amplia subordinación” a partir de nuevas instancias de autoridad como el partido, la comunidad racial o el líder (Fromm, 2012, p. 341).

En cuanto al diagnóstico del estudio, uno de los resultados más interesantes radicaba en que la amplia mayoría de los encuestados pertenecían al grupo de los ambivalentes (casi el 75% del total). Éstos no podían ser considerados ni autoritarios ni revolucionarios, ya que no eran capaces de sostener una coherencia entre sus inclinaciones políticas explícitas y su estructura de carácter; en la mayoría de los casos eran trabajadores que defendían públicamente una adscripción de izquierda, pero cuyas respuestas guardaban múltiples afinidades con el síndrome autoritario, el anhelo de sumisión y la satisfacción convencionalista. Esto los convertía, según el oscuro diagnóstico de Fromm, en emocionalmente susceptibles de ser convencidos por la propaganda nazi más allá de sus explícitas definiciones políticas. Es por esto que los resultados de esta obra contradecían tanto el optimismo metafísico del marxismo hegeliano, emblemáticamente el de Gyorgy Lukács (2009), y su confianza en una conciencia del proletariado *a priori* revolucionaria; como contradecían también los supuestos de la antropología racionalista burguesa y su confianza en una adecuación entre representación y motivaciones. Como afirma Laura Sotelo en su excelente introducción a *Obreros y empleados*, el diagnóstico imperante en el círculo del Instituto por aquellos años consistía en la creencia de “que la escabrosa disparidad entre las formas objetivas de vida de los asalariados y sus actitudes psicológicas y políticas se había convertido en la contradicción signante de la época” (2012, p. 29). Un diagnóstico que servía para explicar la derrota histórica de la izquierda, y que parecía eximirlos de una real evaluación política de las estrategias funestas de las fuerzas políticas de izquierda, tanto del Partido Comunista como de la Socialdemocracia.

|10|

Por diversas razones, esta obra de Fromm nunca se publicó en vida, pero eso no evitó que prontamente se convirtiera en modelo para la investigación empírica psicoanalíticamente orientada sobre el autoritarismo y, a la vez, en la semilla teórica del pesimismo entre los investigadores del Instituto con respecto al devenir histórico de las energías revolucionarias. En sus obras posteriores, Fromm continuará esta búsqueda en torno a las dimensiones subjetivas de la sociedad remitiendo el autoritarismo a la estructura libidinal, pero ahora con el nuevo concepto de “carácter social” con el que pretendía designar una estructura dinámica formada a partir de la educación familiar en la infancia y de diversas instancias de socialización posterior (Foster, 2017). En esta visión, las pulsiones y las necesidades humanas eran consideradas enteramente como producto del proceso social, no de fuerzas psico-fisiológicas pre-subjetivas, algo que se distanciará de la interpretación del psicoanálisis de Theodor Adorno sobre la teoría de las pulsiones de Freud y que explicará en parte el alejamiento de Fromm del Instituto de Investigaciones Sociales (Abromeit, 2011; Wiggershaus, 2010).

En definitiva, para Fromm, la crítica social localizada en la intersección entre marxismo y psicoanálisis tendría la tarea de explicar “cómo surgen las ideologías a partir de la interacción del aparato psíquico y las condiciones socioeconómicas” (Fromm, 1987, p. 495), cómo se transforman los imperativos sociales en motivaciones individuales mediante la “estructura libidinal”, de modo que los individuos quieran actuar como tienen que actuar. Estas energías libidinales eran para Fromm el “cemento” que servía para la preservación de la sociedad capitalista, pero que en las condiciones específicas podían “dejar de ser cemento para volverse dinamita” (Fromm, 1987, p. 495). Este recurso al psicoanálisis en Fromm no debía comprenderse en los términos de una teoría de la falsa conciencia o de un funcionalismo adaptativo, sino como la exploración de un proceso psicosocial en el que la tensión entre las condiciones materiales de la sociedad capitalista y las necesidades humanas están mediadas por miedos y ansiedades que actúan como carga afectiva de las creencias y de los posicionamientos ideológicos.

En ese marco, el carácter autoritario era comprendido como una herramienta psicológica para lidiar con la ansiedad generada por los cambios vertiginosos de la vida capitalista y, al mismo tiempo, como un recurso a ser explotado por el capitalismo en su beneficio. El carácter social no era la sumatoria de opiniones o ideologías de un individuo, sino el proceso por el cual se transforman necesidades sociales en compulsiones internas, el cual nunca se produce de forma totalmente exitosa, sino que, cuando la sociedad suprime o deja insatisfechas ciertas promesas y necesidades, puede provocar sufrimientos, malestares y reacciones destructivas. Para dar cuenta de la respuesta psíquica a esto, Fromm introduce, en su contribución a los *Estudios sobre Autoridad y Familia* (2020), el concepto de “carácter sadomasoquista” que será central en los futuros análisis del autoritarismo dentro de la Escuela de Frankfurt. Con este concepto, Fromm intentaba dar cuenta de un *plus* de placer que se produce en la relación autoritaria, donde el sujeto encuentra una gratificación y una defensa contra sus impulsos indomables en la sumisión masoquista al poder y en la agresividad sádica con respecto al débil.

|11|

En 1941, ya en el exilio norteamericano y distanciado del círculo del Instituto, Fromm publicó una de sus obras más conocidas, *Escape from freedom* (1994), luego renombrado en diferentes idiomas como *El miedo a la libertad*. Allí argumentó que tanto filogenéticamente como ontogenéticamente el ser humano vive un proceso de progresiva individuación y autonomización tanto de la seguridad de su contexto materno y familiar como de la comunidad y sus valoraciones, proceso que implica la construcción de cada vez mayores márgenes de libertad, pero también la agobiante experiencia de un paulatino aislamiento y soledad. El autoritarismo, por lo tanto, debería ser comprendido como una forma de lidiar con estas ansiedades y de superar el aislamiento que trae aparejada la libertad mediante la búsqueda de una seguridad en el cobijo de un Superyó social, un escape de la libertad que se le torna insostenible a un individuo exhausto en la sociedad de la competencia y el rendimiento.

El interés de este breve repaso de las ideas de Erich Fromm de la década de 1930 radica fundamentalmente en que fue el pionero en el diálogo entre marxismo y psicoanálisis en el marco de un proyecto de crítica materialista, y en que lo hizo en torno a un problema

que sigue siendo hoy tan inquietante como en aquellos años, el problema de las latencias autoritarias en las sociedades modernas. En la actualidad, la obra de Erich Fromm no goza de la amplia recepción que supo tener décadas atrás; el interés en la veta psicoanalítica de la Teoría Crítica se suele detener más en los escritos de Adorno sobre la propaganda fascista o incluso en la erótica revolucionaria de Marcuse (1985). Tal vez esta suerte marginal de su obra en la actualidad haya estado causada por su distanciamiento del Instituto, por su deriva como analista cultural casi cercano al género autoayuda, o por el esencialismo del que suele ser acusado su psicoanálisis humanista (Pasqualini, 2016). Pero lo que es seguro es que la perspectiva de Fromm ha generado una forma de comprensión del autoritarismo cuya especificidad consiste en la centralidad de los procesos de subjetivación como mediadores entre las normas sociales y las motivaciones personales, y donde lo autoritario ya no debe ser buscado en el contenido ideológico de las creencias, sino en esa distancia negociable entre las convicciones y las energías anímicas que configuran nuestras disposiciones. De ese modo, una de las enseñanzas de la propuesta de Fromm consiste en que la lucha antiautoritaria no debería enfocarse solamente en la lucha ideológica o en el debate público, sino apuntar también a los procesos de socialización cargados de violencia que generan esas subjetividades.

|12|

A partir de los años 40 y tras la salida de Fromm en 1938, la investigación del Instituto sobre las dimensiones subjetivas del autoritarismo sufrirá cierto viraje en algunas premisas centrales. Por un lado, en lugar de la investigación sobre un grupo social como la clase trabajadora se pondrá el acento en las transformaciones de estructuras sociales como la familia; además, el modelo caracterológico de Fromm será abandonado por un modelo basado en la psicología de las masas de Freud, y la terminología clasista (proletariado, carácter revolucionario, comunismo, etc.) será atemperada en términos liberales. En la perspectiva de Adorno, el énfasis ya no estará puesto ni en la tipología de los caracteres ni en los procesos culturales, sino en la constelación histórica abierta por la generalización del fetichismo de la mercancía, en el que cada ámbito de la vida social durante el capitalismo tardío sufrirá un proceso de abstracción y homogeneización generado por el intercambio mercantil (Adorno, 2004; Robles, 2017). Al mismo tiempo y a medida que avanzaba la guerra, el problema del antisemitismo y la formación de los prejuicios comenzó a adquirir un espacio central en las investigaciones sobre las subjetividades autoritarias (Morelock, 2018). Pero, en todo caso, las premisas abiertas por Fromm con el análisis de las dimensiones subjetivas del autoritarismo realizado en la década del 30 constituirán el marco para todas las reflexiones frankfurtianas sobre el tema.

Actualidad de la perspectiva subjetiva

En resumen, las investigaciones llevadas a cabo por el Instituto luego del alejamiento de Fromm poco tendrán que ver con los supuestos de *Obreros y empleados*, más allá de su vocación empírica, y menos aún con la psicología social de los trabajos posteriores de Fromm, más allá de su vocación crítica. Esto no significa que la obra de Fromm no haya

influenciado en el ámbito de las ciencias sociales, como lo muestra, por ejemplo, la recepción en Argentina de su psicología social por parte de Gino Germani para explicar los mecanismos psicológicos envueltos en los procesos de modernización tardíos (Germani, 1971). Pero no es tanto la actualidad de Fromm lo que deseo mostrar en este texto, sino cómo, de forma muy temprana, la Teoría Crítica se planteó un ejercicio de reflexión sobre el autoritarismo con el perfil de una crítica materialista atravesada por el psicoanálisis. Esta línea será continuada en trabajos colectivos dentro del Instituto como *La Personalidad Autoritaria* [1951] (Adorno et al., 1995) o los *Gruppenexperiment* [1955] (Pollock y Adorno, 2011), y ofrecerá también un sendero de investigación que sigue siendo de inspiración para proyectos actuales (Catanzaro e Ipar, 2016; Decker y Bähler, 2018).

Entre otras cosas, una de las peculiaridades de esta línea de indagación fue que, mediante el recurso al psicoanálisis, fue capaz de mostrar que el autoritarismo debía ser analizado también en los diferentes modos de socialización atravesados por múltiples violencias y que la adaptación social en el capitalismo va de la mano de una serie de frustraciones, ansiedades y malestares factibles de ser canalizados en proyectos políticos antidemocráticos o de expresarse en diferentes formas de resentimiento y agresividad social. Por esto, la perspectiva de la subjetividad autoritaria no debe ser pensada como una psicologización de los conflictos sociales, tal y como algunos autores tienden a ver (Altemeyer, 2006; Heitmeyer, 2018), sino como la indagación en la violencia social inherente en el volverse sujeto (Decker, 2018). Asimismo, a diferencia de las perspectivas institucionalistas frecuentes en las ciencias políticas, la investigación sobre las condiciones subjetivas de la vida social permite mostrar que entre autoritarismo y democracia existe un *continuum* y no una ruptura estricta o un devenir normativo. Entonces, si el concepto de autoritarismo aún conserva capacidad explicativa por afuera del sentido común liberal, ésta debe buscarse también en esos malestares que, en tanto que “síntomas”, no pueden ser explicados por un análisis de los regímenes políticos, de las transformaciones en la estatalidad o de la circulación de discursos ideológicos.

|13|

En la actualidad esta perspectiva está ampliamente extendida en el pensamiento crítico y en las ciencias sociales en general. Hoy vemos cómo la crítica contemporánea ha complejizado el análisis político de dimensiones como las ideologías, la explotación o los modos de dominación; en pocas cuentas, de todo eso que solemos agrupar bajo el concepto de poder. Esto fue posible porque la crítica mostró que estas dimensiones no se refieren a cosas, sino a un conjunto complejo de relaciones asimétricas y recíprocas que se extienden por todo el espacio social y que a su vez lo configuran. Hoy es una tesis aceptada que el poder no es algo que se detenta o se transfiere de un individuo a otro, que no solo reprime y disuade, sino que es parte constitutiva de nosotros mismos (Butler, 2015; Karzmarczyk, 2014). En su intento de captar esta dimensión de los mecanismos de poder, la crítica contemporánea puso su mirada en ese espacio inexplorado por el pensamiento político clásico y apenas considerado por el marxismo: las subjetividades. Este giro conceptual significó que cualquier aproximación a las formas de dominación debía considerar también las formas de subjetivación, los mecanismos prácticos por los que acordamos o discrepamos sobre las jerarquías sociales y sobre nuestro lugar en esas jerarquías.

Pero no debemos confundirnos: la dimensión subjetiva del poder no alude a la persona psicológica o al individualismo sociológico, sino que se remite a estructuras sociales dinámicas, a procesos hegemónicos de individualización, a regímenes libidinales de producción de ideologías y al encuadramiento discursivo de emociones y sentimientos. En este marco, ha sido sin dudas el psicoanálisis uno de los campos del saber que ha ofrecido mayor cantidad de herramientas para la renovación de la crítica de las ideologías y el análisis del escabroso y huidizo reino de la subjetividad. La virtud de esta crítica “psicoanalíticamente informada” tal vez radique en la tesis de que el orden social no está basado en una generalizada reflexividad racional, sino más bien en formas y procesos de “desconocimiento” que son constitutivos y estructurales de toda sociedad; desconocimientos que ignoran, no tanto la realidad tal cual es (sus reglas, sus instituciones, su funcionamiento), sino los mecanismos por los cuales nos convertimos en actores sociales.

Esta intuición nos lleva a la necesidad de pensar el autoritarismo en el terreno de esa ignorancia estructural que opera en el modo en el que formas de discriminación, xenofobia, sexismo, clasismo, racismo, discursos del odio, chivos expiatorios y todos esos “fenómenos morbosos” se (nos) vuelven racionales y aceptables. En síntesis, para entender esta fase autoritaria del neoliberalismo, no basta con un análisis institucional de las imperfecciones de los regímenes políticos, ni con un análisis económico-político de la inestabilidad sistémica del capitalismo financiarizado y de la forma-Estado correspondiente, ni siquiera con un mapa de los discursos y ofertas ideológicas en la opinión pública. La Escuela de Frankfurt ha mostrado muy tempranamente que es necesario también captar por qué tales “fenómenos morbosos” resultan tan atractivos, cómo llegan a canalizar la libido social de un modo que, paradójicamente, reproduce aquellos malestares que originaron la protesta. En la centralidad que tuvo el análisis de la vida subjetiva del autoritarismo radica, a mi entender, uno de los más perdurables y estimulantes legados de la Teoría Crítica.

|14|

Bibliografía

- Abromeit, J. (2011). *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Adorno, T. W. (2004). Sobre la relación entre sociología y psicología. En T. W. Adorno (Ed.), *Escritos sociológicos I* (pp. 39–78). Madrid: Akal.
- Adorno, T. W., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D. y Nevitt Sanford, R. (1995). *La personalidad autoritaria*. Buenos Aires: Proyección.
- Altemeyer, B. (2006). *The Authoritarians*. Manitoba: University of Manitoba.
- Arendt, H. (2017). *The origins of totalitarianism*. Londres: Penguin Random House.
- Bonß, W. (2012). Teoría crítica e investigación social empírica. Notas sobre un caso ejemplar. En E. Fromm (Ed.), *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich* (pp. 49–109). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Brown, W. (2018). Neoliberalism’s Frankenstein. Authoritarian Freedom in Twenty-First Century “Democracies”. En W. Brown, P. Gordon, y M. Pensky (Eds.),

- Authoritarianism. Three Inquiries in Critical Theory* (pp. 7–44). Chicago: TRIOS.
- Butler, J. (2015). *Mecanismos psíquicos del poder*. Valencia: Cátedra.
- Catanzaro, G. (2021). *Espectrología de la derecha: hacia una crítica de la ideología neoliberal en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Cuarenta Ríos.
- Catanzaro, G., e Ipar, E. (Eds.). (2016). *La subjetividad antidemocrática. Elementos para la crítica de las ideologías contemporáneas*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20160520065821/dt76.pdf>.
- Davies, W. (2016). “Neoliberalismo 3.0. El nuevo neoliberalismo.”. *New Left Review*, (101), pp. 129 - 144. <https://newleftreview.es/issues/101/articles/william-davies-el-nuevo-neoliberalismo.pdf>
- Decker, O. (2018). La obsolescencia del carácter autoritario y el autoritarismo secundario. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, (10), 57–73. <https://constelaciones-rtc.net/article/view/3128>
- Decker, O., y Bähler, E. (Eds.). (2018). *Flucht ins Autoritäre. Rechtsextreme Dynamiken in der Mitte der Gesellschaft*. Leipzig: Psychosozial Verlag.
- Foster, R. (2017). Social Character: Erich Fromm and the Ideological Glue of Neoliberalism. *Critical Horizons. A Journal of Philosophy and Social Theory*, 18(1), 1–18. <http://dx.doi.org/10.1080/14409917.2017.1275166>
- Fromm, E. (1987). The Method and Function of an Analytic Social Psychology. Notes on Psychoanalysis and Historical Materialism. En A. Arato y E. Gerbhart (Eds.), *The Essential Frankfurt School Reader* (pp. 477–496). Continuum.
- Fromm, E. (1994). *Escape from freedom*. Maryland: Holt Paperbacks.
- Fromm, E. (2012). *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich. Un análisis psicológico-social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (2020). Sociopsychological Dimensions. En Fromm Forum (Ed.), *Erich Fromm's Early Writings* (pp. 8–58). Tübingen: Selbstverlag. <https://www.fromm-gesellschaft.eu/index.php/en/publications/fromm-forum-english/671-fromm-forum-24-2020-en>
- Germani, G. (1971). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel. Vol. 2*. Ciudad de México: Era.
- Hall, S. (2007). The Great Moving Right Show. En *Selected Political Writings*. Durham: Duke University Press.
- Heitmeyer, W. (2018). *Autoritäre Versuchungen*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Horkheimer, M. (2015). La situación actual de la filosofía social y las tareas de un instituto de investigación social. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 36(113), 211–224. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cfla/article/view/2662>
- Karzcmarczyk, P. (2014). Estructura, discurso y subjetividad. En P. Karzcmarczyk (Ed.), *El sujeto en cuestión. Abordajes contemporáneos* (pp. 143–183). La Plata: Edulp.
- Lesgart, C. (2020). Autoritarismo. Historia y problemas de un concepto contemporáneo fundamental. *Perfiles Latinoamericanos*, 8(5), 349–371. <https://doi.org/10.18504/pl2855-2020>

- Linz, J. J. (2009). *Sistemas totalitarios y regímenes políticos. Obras Escogidas vol. 3*. Madrid: CEPL.
- Lukács, G. (2009). *Historia y Conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*. Buenos Aires: Ediciones r y r.
- Marcuse, H. (1985). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- Morelock, J. (2018). The Frankfurt School and Authoritarian Populism. A Historical Outline. En *Critical Theory and Authoritarian Populism*. Londres: University of Westminster Press.
- O'Donnell, G., Schmitter, P., y Whitehead, L. (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Buenos Aires: Paidós.
- O'Donnell, G. (2009). *El estado burocrático-autoritario 1966-1973*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pasqualini, M. (2016). *Psicoanálisis y teoría social*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Pollock, F., y Adorno, T. W. (2011). *Group Experiment and Other Writings*. Cambridge: Harvard University Press.
- Popper, K. (2010). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Poulantzas, N. (2005). *Estado, poder y socialismo*. México DF: Siglo XXI.
- Reich, W. (2014). *La psicología de las masas del fascismo*. Bilbao: DDT BANAKETAK.
- Robles, G. (2017). El sujeto en la frontera. Theodor Adorno, Joel Whitebook y el legado de Freud. *Castalia - Revista de Psicología de la Academia*, 28(4), 69–84. <https://doi.org/10.25074/07198051.4.597>
- Robles, G. (2020a). El fin de algunas ilusiones. Subjetividad y democracia en tiempos de regresión autoritaria. *Resistances. Journal of the Philosophy of History*, 1(2), 14–27. <https://doi.org/10.46652/resistances.v1i2.23>
- Robles, G. (2020b). Sobre la dimensión política del resentimiento. *Castalia. Revista de Psicología de la Academia*, (34), 5–23. <https://doi.org/10.25074/07198051.34.1756>
- Saidel, M. (2023). *Neoliberalism Reload. Authoritarian Governmentality and the Rise of the Radical Right*. Berlin/Boston: De Gruyter.
- Sotelo, L. (2012). La Escuela de Frankfurt, en vísperas del Tercer Reich. En *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich* (pp. 13–49). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2010). *El totalitarismo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Wiggershaus, R. (2010). *La Escuela de Frankfurt*. México DF: Fondo de Cultura Económica.